

des y su pueblo, su ayer y su hoy, va a invadir el libro por sus cuatro costados, desde la admiración y el elogio de sus bellezas y su dignidad hasta la denuncia y la acusación de sus iniquidades y su ignominia, desde la diatriba a un presente sombrío e injusto hasta la esperanza de un futuro luminoso y justiciero. Y siempre hablando, escribiendo, o escribiendo-hablando, en la lengua de todos, la palabra libre y liberadora de su pueblo. Unión indestructible de la patria y el lenguaje, España y la palabra. Ya en el segundo poema del libro, el titulado «Por-para», testimonia Blas de Otero la no gratuidad de su escritura; por el contrario, su necesidad, su contribución a la causa de la paz y la justicia «del mundo / (incluida / la caricaturesca España actual)». Y de España y para España, y del hombre y para el hombre, va a hablar, va a escribir el poeta, de la terrible pero también hermosa España, de la media España yacente que «murió de la otra media», las «dos Españas frente a frente», y «al tiempo del guerrear, / al tiempo del guerrear, / se perdió la verdadera» (en el poema «La va buscando»). Y es a la España verdadera a la que el poeta se dirige, a la que pide se ponga «en pie / de paz», a la que, con ecos evangélicos, ordena «levántate / y anda...» Sabe, también, decir, aunque lo calle, «España, patria, / libre. / España / libre» —en «No salgas, paloma, al campo»—, aunque la libertad, «el aire lleva / dieciséis años parado», final del poema «MCMLV», que marca exactamente todo el tiempo transcurrido desde el final de la guerra civil. Es el «Oh patria / sin presente», de «Patria aprendida»; «el silencio espesado sobre España», de «Condal entredicha»; «la raíz amarga de mi patria», en «Anchas sílabas»; la «voz cercada», los «días cerrados», en «No espantéis el ruiseñor»; «... las rejas de esta vieja cárcel /alzada sobre el Cantábrico...», en «Cartas y poemas a Nazim Hikmet»; los «Españolitos helándose / al sol —no exactamente el de justicia—», de «Censoria», y glosa del muy conocido texto de Antonio Machado en *Proverbios y cantares*: «Españolito que vienes / al mundo, te guarde Dios. / Una de las dos Españas / ha de helarte el corazón.» Otros ejemplos podrían citarse, pero la selección anterior es harto significativa de esta palabra civil de Otero.

Pero en esta escritura dialéctica a la negación se contraponen la afirmación; a la tristeza, la alegría; a la derrota, la esperanza. Desde el primer poema, como ya se ha visto, se expone esta actitud, la búsqueda irrenunciable de la luz y el aire, las dos grandes metáforas de la España soñada y esperada. Títulos de poemas como «Sol de justicia» y «Aire libre» pueden resumir y compendiar la palabra abierta y esperanzada de Otero. *Aire* (es decir, libertad) se repite una y otra vez: en los ya citados «MCMLV», «Patria aprendida», «Condal en-

tredicha», «Aire libre», «Anchas sílabas», y en «Pluma que cante», «En esta tierra», «Entendámonos», «Elegía a un compañero» y «Cantar de amigo», poema final del libro y cuya última palabra, en dos versos de un cantar popular, es *aire*: «De los álamos tengo envidia, / de ver cómo los menean el aire.» *Luz* u otros significantes de su mismo campo semántico (*claridad, amanecer, alba, aurora, sol*, el verbo *brillar*, etc.) van configurando igualmente esta poesía de la esperanza: junto al ya citado *Sol de justicia, Soledad tengo de tí* (que termina: «... entre la luz con un cuchillo / brillante, ¡ay de mi España!»), «No espantéis el ruiseñor» (que nombra tres veces *claridad*; una, *luz*, y una, *alba*), «Últimas noticias» (poema en prosa, de rotundo final; con aliento revolucionario: «Los hijos de la tierra, erguidos por dentro, avanzan hacia el salón damasco de la aurora»), *Un verso rojo alrededor de tu muñeca* (en donde el color del título y del final abre la esperanza revolucionaria: «Clara y libre / brille una cinta roja entre cadenas») y «Caniguer», además de algunos de los citados para la metáfora del *aire*.

Prosigue Blas de Otero en este libro la incorporación a sus poemas de versos de grandes poetas españoles: así, por ejemplo, en «Censoria», el primero de la *Epístola satírica y censoria contra las costumbres presentes de los castellanos...*, de Quevedo («y no he de callar por más que con el dedo»); el brevísimo—sólo dos versos—«15 de abril» se inicia con el conocido octosílabo machadiano, dándole inmediatamente, con el pie quebrado, una dimensión histórica y política, la de la truncada esperanza republicana: «*La primavera ha venido, / y se ha ido*» (el subrayado es del poeta); «Copla del río» comienza con el primer verso de las *Coplas* de Jorge Manrique: «Recuerde el alma dormida»; en el bastante largo «No espantéis el ruiseñor», con referencias topográficas (el Duero, la Sierra de Aitana, Reus), se incrusta el verso de Rubén Darío, «Francisca Sánchez, acompañame» (de la serie *A Francisca*, incluida en *Lira póstuma*); el «¡ay de mi España!», final del poema «Soledad tengo de tí», es recreación evidente del estribillo «¡Ay de mi Alhama!», del *Romance de la pérdida de Alhama*. Junto a estos homenajes implícitos figuran los explícitos a unos cuantos españoles antecesores o contemporáneos en la poesía y en la ética y el comportamiento civil: el ya citado poema «Palabras reunidas para Antonio Machado», el titulado «Segunda vez con Gabriel Celaya», y el soneto que comienza «La soledad se abre hambrientamente...», en cuyos tercetos aparecen «todos los nombres que llevé en las manos»: Antonio, Gabriel, Miguel, Rafael, es decir, Machado, Celaya, Hernández, Alberti, junto a César (Vallejo), Pablo (Neruda) y Nicolás (Guillén), junto a otros nombres no hispanos. Ha-

bría que añadir, dentro de este recuento culturalista —cultura que en Otero siempre es viva y vivificadora, nunca anquilosada erudición—, sendas citas de Alfonso X el Sabio y San Juan de la Cruz al frente de los poemas «La va buscando» y el que comienza «Noches / dibujando el mapa / de la sed...», respectivamente; y otras dos cervantinas, quijotescas, abriendo los poemas «Letra» («Por más que el aspa le voltee / y España le derrote / y cornee, / poderoso caballero / es Don Quijote», son sus primeros versos, de los que los dos últimos son también una recreación del «poderoso caballero / es don Dinero», de Quevedo) y el que empieza «Quiero / salvarme. Patria entre alambradas, / no podrán con nosotros». Finalmente, fuera de la lengua y la literatura, pero dentro de la cultura hispana, el poema «Zurbarán 1957», uno de los últimos de *En castellano*, y en donde las cosas concretas y cotidianas, los objetos domésticos y cotidianos («... el plato / de sopa / pongo / por caso)...» (dice Otero), como los que inmortalizó el pintor en sus bodegones, desembocan en la vida que se hace con ellas, en «la libertad tirada por el suelo» y en la esperanza, en los versos finales, de «que mañana / será sábado, / así en España como en el hambre, libre / y redimido sábado».

Escritos y publicados *Pido la paz y la palabra* y *En castellano*, y, entre la fecha de aparición de uno y otro, la refundición de sus dos primeros libros en *Ancia* (1958), la poesía de Blas de Otero había cumplido una andadura extensa y una evolución trascendental, que pueden resumirse en estas palabras de Max Aub: «De lo particular a lo colectivo, la voz de Blas de Otero sueña y suena ya en y por muchos» (con ellas terminaba el breve estudio del poeta, dentro del más amplio *Una nueva poesía española (1950-1955)* —serie de cuatro conferencias dictadas en el Ateneo Español de México en 1956—, recogido como segunda parte del volumen *Poesía española contemporánea*, Ediciones Era, México, 1969). La aparición, en 1964, de *Que trata de España* iba a representar la culminación de esta poesía «colectiva», de esta sinfonía, o, más exactamente, gran coral y gran fresco españoles de Blas de Otero. Pero serie poética perfectamente abierta en su estructura, el tema de España no se iba a clausurar en el libro de 1964; por el contrario, seguiría presente en todos los libros posteriores, en verso y en prosa, publicados e inéditos (aquellos conocidos sólo a través de las varias antologías realizadas por el poeta). En ellos terminaremos nuestro recorrido por este camino central, a partir de 1955 —aunque, como hemos visto, venía de muy atrás— y hasta su muerte, de la poesía de Otero.

Con cinco partes o capítulos —como les llama—, *Que trata de España* es el libro más amplio de su autor, y a él afluyen todas las